

RIENZI,

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

CAPITULO II.

La cita, la duda.

DIRIGIASE Adriano hácia el foro al salir del palacio de su tutor, cuando encontró, no sin sorpresa, al obispo de Orbiato, montado en un palafren, y seguido de tres ó cuatro criados, quien se detuvo al instante que vió al jóven.

—¡Ah, hijo mio! ¡Cuánto me alegro de verte! ¿Cómo estás? Bien. ¿Eh? á Dios gracias. ¡Ay de mí! ¡Entre qué gentes vivimos! ¡Qué sociedad esta comparada con la dulce vida de Aviñon! Allí todos los que como nos se complacen en los mismos estudios, se interesan en los mismos objetos, *deliciae musarum*. ¡Hum, hum! (jactábase el obispo de abundar en citas oportunas ó traídas por los cabellos) allí pueden reunirse con holgura y naturalmente todas esas personas; pero aquí apenas nos atrevemos á salir de nuestras casas, salvo en las ocasiones solemnes. Y á propósito de ocasiones y de musas se me viene á la memoria la invitacion de nuestro amigo Rienzi. No dudo que ireis á oírle á Letran. Se propone explicar, segun me han asegurado un pasaje latino de los mas oscuros; y será para nosotros interesante, si, hijo, interesantísimo por mas de una causa.

—Es mañana, respondió el jóven Colonna: no faltaré, estad seguro de ello.

—Escucha, amado hijo, añadió el obispo colocando amistosamente su mano sobre el hombro del noble: tengo motivos para creer que recordará al espíritu de nuestros pobres ciudadanos el jubileo anunciado para el año cincuenta, y estimulará sus esfuerzos á fin de que limpien los caminos de bandoleros, mandato necesario y que debe observarse en tiempo oportuno; porque nadie vendrá aquí en busca de una absolucion general, si ha de correr el riesgo de que le envíen sin confesion al purgatorio antes de que llegue á nuestras plantas. ¿Has oído á Rienzi? Es un segundo Ciceron, un segundo Ciceron. Dios te haga un santo, hijo mio. ¿No dejarás de ir á oírle? ¿Es verdad?

—No, monseñor, no faltaré.

—Oye otra palabra. Recomienda á cuantos encuentres la oportunidad de asistir á esa leccion. A la ciudad de Roma le conviene manifestar respeto hácia las letras.

—Eso para no decir nada del jubileo, repuso Adriano sonriéndose.

—Sí, para no decir nada del jubileo; amigo, cada santo pide para su ermita. Ea, adios por la presente. Y afirmándose el obispo en su silla prosiguió sus visitas á fin de comprometer á todos sus conocidos á que no faltasen á la asamblea.

Continuando su camino Adriano pasó el Capitolio, el arco de Severo, las degradadas columnas del templo de Júpiter; y se halló á poco entre las crecidas yerbas, las murmurantes cañas y los silvestres viñedos, que flotan sobre los destruidos esplendores de la Casa Dorada. Sentado en una truncada columna cerca del sitio por donde hoy desciende el viajero á lo que lleva el nombre de baños de Livio, contemplaba el sol con impaciencia cual si le reconviniese la lentitud de su carrera.

No estuvo largo tiempo en espera sin que vibrase á su oído el rumor de leves pasos, producido por su roce con los tallos de las odoríficas plantas, y sin que á través de las arcadas formadas por las vides se le apareciese una figura que semejava la ninfa ó la diosa de aquellos contornos.

—¡ Hermosa, querida Irene! ¡Cómo demostrarte mi agradecimiento!

Tan atónito de gozo se hallaba el amante, que solo al cabo de algunos minutos advirtió en el rostro de Irene, cierta tinta de tristeza que no solia empañar su hermosa sonrisa mientras se veía en presencia del objeto de su cariño. Era tremula su voz y cortadas y ambiguas sus palabras.

—¿Acaso te he ofendido? decía. ¿O te aqueja otro pesar de menos importancia?

Irene levantó sus ojos, y fijándolos en el caballero preguntaba: Dime, caro amigo, dime con toda la sinceridad y toda la sencillez de un corazón leal. ¿No te alligirías si creyeses que nos veíamos ahora por la vez postrera?

Tornáronse las mejillas de Adriano mas pálidas que el mármol donde descansaban sus pies. No pudo responder en el instante, y cuando le fué dado desplegar sus labios, lo hizo con forzada sonrisa y con trémulo acento.

—¡No te burles de ese modo. Irene mia! ¡Por la vez postrera! Es imposible que ese lenguaje tenga aplicacion entre nosotros.

(Continuará)



EL CUERPO DE GUARDIA.

ESCENAS COMICO-SOLDADESCAS.

Entran en la accion los personajes siguientes:

Elisa, jóven muy linda, pero coqueta como ella misma.

Una vieja, tia de aquella, y regañona si las hay.

Un teniente.

Un sargento, rapaz, barbilampiño y bonachon, que está rematado por Elisa.

Un cabo, hombre calmoso hasta verlo y dejarlo.

Ventura.

Valdés.

García.

Ordenanza.

Soldados: los dos primeros pudieran arder en un candil.

Diez soldados mas; de los cuales, unos obran sin hablar y otros duermen á pierna suelta como lirones.

ESCENA PRIMERA.

EL JUEGO

El cabo, Ventura y dos soldados, aparecen sentados en el suelo jugando al monte y con las cartas tendidas; se alumbran con una vela de sebo puesta en el cubo de una bayoneta clavada en el suelo; el primero lleva la banca, y los demas apuntan, con la sola diferencia de que Ventura habla mas que una cotorra, y los compañeros se contentan con mostrar en su semblante la alegría ó el sentimiento, segun ganan ó pierden, y con estirar el brazo para poner ó tomar los dineros.—García y el ordenanza sentados al fuego.—Valdés de centinela en la puerta, paseándose desde ella al fin del armero.—Seis soldados durmiendo en la tarima.

Ventura. Ocho caleses al rey.

Cabo. (Después de sacar algunas cartas) Salí el cuatro.... Entreses.... vamos, chicos, al entres.... ¡sin un cuarto me vais á dejar la banca!... Duro, duro en ello, estamos? (Tirando) Una el tres.... dos el caballo... tres....

Ventura. Cargo?

Cabo. Carga con mil diablos, así cargara Satanás con tu alma, y como esperas á que la cosa venga clara: eso se llama jugar á cartas vistas!... Sé que voy á perder y con todo.... nadie mas carga? (Tirando) Saltó y vino.... el.... el.... el cuatro. Quereis un elijan?... no?... pues cachaza y barajar.

(Siguen jugando sin hablar).

García. (Cantando) era un galan d' esta villa.

Ordenanza. (Idem) Era un galan d' esta villa.

García. Ay! que por aquí pasaba.

Ordenanza. Ay! que por aquí pasaba.

García. Era un galan d' esta villa.

Los dos. Ay! que por aquí pasaba.

Ay! que por aquí venia.

García. Válgame Nuestra Señora....

Valdés. Silencio, muchachos!

García. Que es lo que dices?

Valdés. Que calleis con mil diablos.

García. Anton peruyeru, cada cual c' atienda al so xuegu.

Ordenanza. (Cantando) Válgame Nuestra Señora.

Valdés. Cabo de guardia! si V. no hace callar á estos demonios, se queda el armero sin fusiles en un abrir y cerrar de ojos. Ya desertaron mas de veinte por no escuchar esas voces de becerro, capaces de acabar con unos oídos de bronce!

García. Era un galan de esta villa.

Valdés. Ira de Dios! sino agarro bien el mio por la garganta, ya estaba lo menos en el Ampurdan tocando á somaten, para dar fin con estos escamulgados.... (señalando el armero) vea vd., vea vd. aquel otro que ya la culata cuatro dedos en el aire! (echando mano á uno de los fusiles.) Tente que ya callan!.... ¡Voto á las almorranas de mi capitan! ¿con qué diablos me han de relevar, si todos tomáis el portante?

Sargento. (Saliendo del cuarto) Hola, muchachos! ¿quereis experimentar lo que puede pe manecer un hombre en el cepo de campaña? Qué diablo! No parece sino que estais en un mercado!... eso es!... unos cantando, otros jugando.... vaya, vaya! Y sobre quien carga todo, si llega el teniente? (Dirigiéndose al juego) ¿Se atraviesa alguna cosa?

García. (Cantando en voz baja.) Ay! que por aquí pasaba.

Valdés. Mi sargento!...

Sargento. Tambien eres quisquilloso! Déjales que canten mientras lo hayan por lo bajo.

Valdés. Y si suben?...

Sargento. Si suben....—¿Habeis de subir, muchachos?

García. Non señor. Esí Valdés tien ganas de que nos varaxen les costiellas.

Sargento. (A los jugadores.) Con que vamos á ver, ¿quién gana?

Cabo. Aquí Ventura....

Ventura. No lo crea Vd., mi sargento.

Sargento. Qué! ¿se te olvidaron los palos de la noche pasada?

